

razón que te asistía para mandarme salir precipitadamente para la Campania, añadiendo que los dos secretos no eran más que uno, cosa que en verdad no comprendo.

—Y sin embargo es así. Prometí, Pancracio, velar por tu verdadera felicidad: era un deber de amistad y caridad que me había impuesto. Veía el ansia con que aspirabas al martirio; conocía el ardiente temperamento de tu corazón inexperto, y temía no te comprometieses por alguna acción atrevida, capaz de empañar la pureza de tus deseos, siquiera fuese tan ligeramente como el aliento empaña el más fino acero: temía, en una palabra, que marchitases una sola hoja de tu palma. Por esto resolví oponerme al cumplimiento de tu vehemente aspiración hasta verte fuera de peligro. Y ahora dime, Pancracio: ¿obré bien, ó nó?

—¡Oh! ¡qué bondad tan noble la tuya, mi querido Sebastián! Pero ¿qué relación había entre esto y mi viaje?

—De permanecer en Roma, te habrían arrestado por el atrevido acto de arrancar el edicto, ó por las invectivas que dirigiste al juez durante el suplicio de Cecilia. Es indudable que te habrían condenado, y hubieras padecido por Cristo; pero la causa de tu sentencia aparecería muy distinta, porque calificarían tu acto de delito civil, delito de lesa majestad. Además, los mismos paganos te elogiaron señalándote como á un mancebo valiente y osado; tal vez una fugitiva nube de vanagloria nublara entonces la pureza de tu alma; y aun cuando así no fuera, te privarían de esa ignominia, que constituye el mejor blason y la gloria especial de los que mueren sólo por ser cristianos.

—Tienes razón, Sebastián,—dijo Pancracio ruborizándose.

—Así es que cuando llegó á mi noticia tu arresto en el momento de ejercer un generoso acto de caridad con los confesores de Cristo; cuando ví que te conducían por las calles de Roma sujeto á una cadena de penados como un criminal vulgar; al verte escarnecido y atropellado como á los demás hermanos nuestros, y confundido con ellos en una comun sentencia por el único motivo de ser cristiano, entonces me consideré libre de mi empeño, y ni un dedo habría levantado para salvarte.

—En verdad, Sebastián, el amor que me profesas se asemeja al de Dios. ¡Cuán prudente fuiste, cuán generoso, cuán desprendido!—exclamó Pancracio sollozando y agarrándose al cuello de su amigo.—Un favor más quisiera merecerte: prométeme que estarás cerca de mí hasta el postrer momento y que entregarás á mi querida madre mi último legado.

—Así lo haré aunque deba costarme la vida. Por otra parte, queridísimo Pancracio, corta será nuestra separación.

En esto avisó el Diácono que todo estaba dispuesto para celebrar el angusto Sacrificio en la misma prisión. Los dos amigos

quedaron sorprendidos ante el nuevo y venerando espectáculo que se les ofrecía. El santo presbítero Luciano yacía en el suelo, con las piernas dolorosamente tendidas y metidas en la *catasta* ó cepo, en una posición que no le permitía incorporarse. Sobre su pecho había desplegado el diácono Reparado los tres lienzos que para cubrir el altar se requerían, y encima de ellos estaba el pan sin levadura y el caliz con vino y agua, que el Diácono aseguraba con la mano. Otro sostenía la cabeza al venerable sacerdote, quien recitó las preces y practicó las sagradas ceremonias de la Oblación y la Consagración. En seguida fueron acercándose devotamente los fieles, y con lágrimas de tierna gratitud recibieron de sus manos la Sagrada Comunión.

¡Bello al par que maravilloso ejemplo de la facultad de la Iglesia de Dios para adaptarse á las circunstancias! Si bien son inmutables las leyes por que se rige, hasta cuando consiente en que se modifique su estricta observancia encuentra con su ingeniosa y maternal solicitud medios para demostrar los principios en que aquellas se fundan, y aun las mismas excepciones no son sino una más sublime aplicación de ellos. Allí yacía un ministro de Dios y dispensador de sus misterios, á quien por una vez érale concedido el hermoso privilegio de asemejarse más que otro á Aquel á quien representaba, haciendo al mismo tiempo de sacerdote y de altar. La Iglesia prescribía que el santo Sacrificio se ofreciese únicamente sobre las reliquias de los Mártires, y hé aquí un Mártir que lo ofrecía sobre su mismo cuerpo. Viviendo aún, *yacía bajo los pies de Dios*; y aunque todavía le latiese el corazón bajo los divinos misterios, había consumado ya el sacrificio de su vida: en él vivía sólo Jesucristo, el único que llenaba de su divinidad, interior y exteriormente, el santuario de aquel pecho. ¿Cabía preparar una mesa más bella para el Viático de los Mártires?

XXI

El combate

Amaneció el día frío, pero espléndido, y el sol dorando con sus rayos los chapiteles de los templos y de otros edificios públicos, parecía quererles dar cierto aire de fiesta. No tardó el

pueblo en derramarse por las calles de Roma con sus mejores atavíos, afluyendo de todas partes hacia el anfiteatro de Flavio, llamado hoy vulgarmente el Coliseo. Cada cual dirigía sus pasos al arco de ingreso que le indicaba el número de su billete, y el monstruo gigantesco absorbía poco á poco por sus cien bocas aquel torrente de seres humanos que en breve animan el inmenso recinto, llenando sucesivamente sus galerías y agitándose cual movedizo mar. Luego que esté saciada de sangre y arda en furor, aquella masa viviente volverá á desbordarse, vomitada por el monstruo en mugientes oleadas por las mismas puertas que le sirvieron de entrada y que llevarán entonces con mayor propiedad su nombre de *Vomitoria*, porque nunca salió de las sentinas humanas una corriente más cenagosa y corrompida que aquel populacho de Roma cuando, ébrio de la sangre de los Mártires, abandonaba el espléndido Anfiteatro.

A la hora fijada entró en aquel inmenso recinto el Emperador, rodeado de toda su Corte y con la fastuosa pompa que correspondía á una fiesta imperial. Levantábase su trono en la parte oriental del edificio, en medio de un ancho espacio llamado *Pulvinar*; y apenas lo hubo ocupado dió la señal de empezar, no menos ávido que sus vasallos de gozar de tan feroces espectáculos.

Sucedieronse varios *juegos*, y muchos gladiadores muertos ó heridos habían regado ya la arena con su sangre, cuando el pueblo, sediento de más atroces combates, comenzó á clamar, mejor dicho, á rugir con espantosa gritería: «¡Los cristianos á las fieras! ¡los cristianos á las fieras!»

Pero es ya hora de que volyamos á nuestros cautivos.

Muy de mañana habían sido trasladados de la cárcel al *Sporiarium*, que era un aposento retirado del Anfiteatro, en donde á los condenados se les quitaban las cadenas y los grillos. Intentóse vestirles los trajes pomposos de los sacerdotes y sacerdotisas gentiles, mas se resistieron alegando que, pues habían venido espontáneamente á la lucha, era injusto obligarles á entrar en ella con un disfraz que aborrecían. Durante la primera parte del día permanecieron allí juntos animándose unos á otros y cantando alabanzas al Señor en medio del tumulto y de la gritería que de vez en cuando sentían retumbar sobre sus cabezas.

Mientras se preparaban al martirio entró Corvino, y fijando en Pancracio una insolente mirada, le dijo con aire de triunfo:

—Gracias sean dadas á los dioses, al fin lució el día por mi tan deseado. Larga y terrible ha sido la lucha entre los dos... pero el triunfo es mío.

—No entiendo, Corvino, lo que dices. ¿Cuándo y dónde luché yo contigo?

—Siempre y en todas partes. Eras mi pesadilla en mi sueño;

tu imagen vagaba ante mí cual fantasma que se desvanecía cuando iba á cogerla. Has sido mi verdugo, mi genio malo. Te odié, juré entregarte á los dioses infernales, te maldecí, te execré, y al fin ha llegado el día de mi venganza.

—Páreceme—dijo Pancracio sonriendo—que cuanto acabas de decir en nada se asemeja á una lucha, pues no puede llamarse tal aquella en que sólo entra un lidiador, y por mi parte nada de eso he sentido ni deseado contra tí.

—Con que ¿no? ¿Cómo quieres que te crea cuando siempre te has metido entre mis pies como una víbora dispuesta á mordirme y derribarme?

—¿En dónde? vuelvo á preguntarte.

—Repito que en todas partes; en la escuela, en casa de Inés, en el Foro, en el cementerio, en el mismo tribunal de mi padre, en la quinta de Cromacio... en todas partes.

—Y en otro lugar que no has citado. Cuando tu carruaje corría desbocado por la vía Apia, ¿no oíste el galope de dos caballos que procuraban alcanzarte?

—¡Ah infame! con que ¿tú fuiste quien espoleando con furia tu caballo espantaste á los míos con peligro de mi vida?

—No tal, Corvino: óyeme con calma, pues es la última vez que nos hablamos. Yo viajaba á paso lento hacia Roma en compañía de un amigo, después de dar sepultura á nuestro maestro Casiano.

Corvino hizo un movimiento de sorpresa, porque ignoraba aún este detalle. Pancracio continuó:

—De pronto llegó á nuestros oídos el ruido de un carruaje desbocado que nos precedía, y entonces agujijamos nuestros caballos, con gran fortuna tuya.

—¿Por qué?

—Porque llegué á tiempo para salvarte la vida, ya que, extenuado como estabas, yerto casi de frío á causa de tus repetidas zambullidas en el agua del canal, y desprendido del arbusto á que se habían asido tus entumecidas manos, ibas á caer de nuevo y á hundirte para siempre en la corriente Pontina. Te ví, te conocí al sacarte á la orilla... Tenía en mi poder al asesino del hombre á quien tanto estimaba. Parecía que la justicia divina descargaba sobre tí: sólo faltaba mi voluntad para aniquilarte... Aquel era mi día de venganza, y la tomé cumplida.

—¿Cómo?

—Sacándote del agua, extendiéndote en la orilla, calentándote para que tu corazón recobrase sus latidos, y entregándote al cuidado de tus numidas después de haberte arrancado de los brazos de la muerte.

—¡Mientes!—gritó Corvino,—pues ellos fueron quienes me sacaron del agua.

—Y fueron también tus numidas los que te entregaron, después de salvarte, mi cuchillo y tu bolsa de piel de leopardo, que encontré en el suelo?

—No: me dijeron que la bolsa se habría quedado en el agua. Era efectivamente de piel de leopardo, regalo de una hechicera africana. Pero ¿qué decías de tu cuchillo?

—Que aquí lo tienes. Míralo; aún está enmohecido por el agua. La bolsa, como tuya, la entregué á tus esclavos, pero guardé mi cuchillo. Vuelve á mirarlo. ¿Me crees ahora? ¿He sido siempre una víbora para tí?

Falto de generosidad para confesarse vencido en la lucha, Corvino experimentó tan sólo el dolor de verse humillado y deshonrado ante su antiguo condiscípulo que le había salvado la vida y á quien ahora en pago le hacía pasto de las fieras. Confundido, anonadado, sintiendo en el rostro las llamaradas de la vergüenza, y temiendo dar á conocer su derrota, retiróse maquinalmente, cabizbajo y silencioso, maldiciendo del Emperador, de los juegos del Anfiteatro, de las fieras que rugían, del tumulto que movía la plebe impaciente, de sus caballos y su carruaje, de sus numidas y esclavos, de su padre y hasta de sí mismo; de todo, y de todos, en fin, menos de una sola persona, Pancracio, á quien no le era ya posible execrar.

Llegaba casi á la puerta del *Spoliarium*, cuando Pancracio le llamó. Corvino volvió atrás y fijó en él una mirada de respeto, si no de afecto. Pancracio, asiéndole suavemente de un brazo, le dijo:

—Corvino, créeme: te perdono de todo corazón. Pero no olvides que hay un Sér supremo que no perdona sino al que se arrepiente. Procura, pues, alcanzar su misericordia y reconciliarte con El; pues de lo contrario te pronostico que perecerás de la misma muerte que yo.

Escabullóse Corvino y no se presentó más en público aquel día, privándose del espectáculo que de tanto tiempo había acariciado. Concluída la fiesta encontróle su padre completamente ebrio. Corvino pretendía acallar sus remordimientos anegándose en vino.

Al salir él del *Spoliarium*, entraba el *lanista* ó jefe de los gladiadores, para anunciar á los presos que había llegado para ellos la hora del combate. Abrazáronse unos á otros y se dieron la última despedida en la tierra. De allí penetraron en la arena del Anfiteatro por el lado que estaba en frente del trono imperial, pasando por entre dos filas de *venatores*, á cuyo cuidado estaban las fieras, y que provistos de gruesos látigos los descaraban sobre cada uno de los presos á medida que iban pasando. Conducidos al centro fueron distribuidos individualmente ó en grupos, al capricho de los directores del espectáculo, ó á volun-

tad del Emperador ó del pueblo. A veces era colocada la víctima sobre una elevada plataforma para que fuese más visible, ó bien era atada á un poste para hacerle imposible toda defensa. Una de las diversiones favoritas consistía en meter á una mujer en una red para que los cuernos de un toro la revolcase por el suelo ó la arrojase al aire. La primera arremetida de una fiera bastaba á menudo para acabar con el mártir, al paso que otras veces se soltaban contra él tres ó cuatro fieras sin que le causasen herida alguna mortal; y en este caso volvían al confesor de Cristo á la cárcel para que se le aplicasen nuevos tormentos, ó al *Spoliarium*, en donde los gladiadores menos expertos se divertían en rematarle.

Limitémonos, empero, á seguir á nuestro joven héroe, Pancracio, en su glorioso combate. Al cruzar el corredor que conducía al Anfiteatro vió á un lado á Sebastián con una dama envuelta y rebozada en su manto. Reconocióla al punto, detúvose ante ella, se arrodilló, le tomó la mano y le dijo besándosela afectuosamente:

—En esta hora de triunfo que me prometisteis, dadme, madre mía, vuestra bendición.

—Hijo mío,—contestó Lucina,—mira al cielo en donde te aguarda Cristo con sus Santos. Pelea el buen combate por la bienaventuranza de tu alma; muéstrate firme y leal en el amor de tu Salvador, y digno hijo también de aquel cuya preciosa reliquia cuelga de tu cuello.

—Dentro poco, madre mía, esta reliquia tendrá á vuestros ojos doble estimación.

En esto descargó el *lanista* un latigazo al joven mártir, gritando:

—¡Basta de charla, y adelante!

Retiróse Lucina, mientras Sebastián estrechando la mano á Pancracio le decía:

—¡Valor, y que Dios te bendiga! Voy á colocarme detrás del Emperador: euvíame allá tu postrera mirada... y tu bendición.

Una carcajada sarcástica, como si saliera del infierno, sonó detrás de Sebastián. Volvió éste el rostro, pero sólo pudo descubrir los pliegues de un manto detrás de un pilar. Era Fulvio, que había sorprendido las últimas palabras del tribuno, encontrando en ellas el último anillo de una larga cadena de pruebas que eslabonaba hacia tanto tiempo para adquirir el pleno convencimiento de que Sebastián era cristiano.

No tardó Pancracio en hallarse en medio de la arena. Habíanle dejado para el fin, esperando que la vista de los sufrimientos de sus compañeros quebrantaría su constancia; pero el efecto fué enteramente contrario. Permaneció en el sitio que le indi-

caron los verdugos que le rodeaban y cuyos cobrizos y musculosos miembros contrastaban vivamente con su delicada y alabastrina figura. Dejaronle allí solo y á merced de las fieras que contra él iban á soltar; y para describir la escena que siguió, nada mejor que copiar la narración hecha por Eusebio como testigo ocular del martirio de otro mancebo de poca más edad que Pancracio.

«Hubiérais visto—dice—un delicado joven que todavía no contaba veinte años, que á pié firme y con los brazos extendidos en forma de cruz estaba en actitud de orar con la mente fija en Dios y el corazón firme é impávido, sin desviarse un punto del sitio donde le colocaron, mientras los osos y los leopardos, respirando furor y muerte, arremetían contra él para despedazarle. Y no obstante, al acercársele, las garras y las fauces entreabiertas de las fieras parecían cerrarse y encogerse por no sé qué influencia misteriosa y divina, y retrocedían intimidadas sin causarle el menor daño (1).»

Tales fueron la actitud de nuestro heroico mancebo y el prodigio con que Dios le privilegió. Enfureciase la plebe al ver que las fieras, una tras otra, daban continuamente vueltas á su alrededor, rugiendo y azotándose los lados con la cola, sin que se atrevieran á acercarse al Mártir, que permanecía inmóvil en su sitio, como dentro de un círculo encantado. Soltaron un toro que apenas le hubo divisado embistióle con ímpetu y bajando el testuz; pero detúvose repentinamente como si chocaran sus asta contra un fuerte muro, escarbó el suelo con sus pezuñas esparciendo una lluvia de arena, y atronó el Anfiteatro con sus mugidos.

—¡Provócale, cobarde!—vociferó el Emperador fuera de sí. Pancracio levantó la vista como si despertase de un éxtasis, y agitando sus brazos dirigióse al furioso bruto; pero éste dió á huir como si le acometiera un leon, enfiló la entrada de la *fovea*, y hallando á su paso al guardian lo lanzó á grande altura de una tremenda cornada. El asombro era general, y el joven Mártir había vuelto á su primera actitud y oraba imperturbable, cuando de entre la multitud de espectadores se levantó una voz gritando:

—¡Lleva un talisman al rededor del cuello!.. ¡Es un hechicero! La multitud repitió con desaforadas voces:

—¡Lleva un talisman, un talisman!...

Entonces el Emperador, después de imponer silencio, gritó á Pancracio:

—Quítate ese talisman que llevas al cuello, y arrójale muy lejos, si no quieres que te lo arranquen de otro modo.

(1) EUSEBIO: *Hist. Eccles.*, lib. VIII, cap. 7.

—Señor,—contestó Pancracio con voz llena de armonía que resonó por todo el silencioso Anfiteatro:—no es un talisman lo que llevo al cuello, sino un recuerdo de mi padre, que en este mismo sitio confesó gloriosamente la misma fe que yo confieso ahora con humildad. Soy cristiano, y por el amor de Jesucristo, Dios y Hombre, doy con placer mi vida. No me arrebaseis este último legado de mi padre, que prometí dejar á otra persona más precioso que cuando de ella lo recibí. Probad de nuevo: una pantera fué la que dió á mi padre su corona: tal vez otra pantera se la dará también al hijo.

En medio de sepulcral silencio, la multitud parecía enternecida, avasallada. La gentil apostura de Pancracio, su rostro iluminado é inspirado por la fe, la dulzura de su voz, la intrepidez de su lenguaje, su heroico y generoso sacrificio, habían producido su efecto en aquella cobarde plebe despertando sus simpatías. Así debió comprenderlo el joven Mártir, que ante aquella conmiseración sobresaltóse como no lo había hecho ante el general furor, porque confiaba gozar aquel mismo día de la visión de Dios en el cielo, y temió que su esperanza quedara defraudada. Brillaron las lágrimas en sus ojos, y extendiendo otra vez sus brazos en cruz dió en alta voz con acento que vibró de nuevo en todos los corazones:

—¡Hoy, sí, hoy, bendito Salvador mio, es el día señalado para llegar hasta Tí! No lo demores más tiempo. Ya has patentizado suficientemente tu poder á los que no creen en Tí. Muestra ahora tu misericordia con este humilde confesor tuyo.

—¡La pantera!—gritó una voz.

—¡La pantera!—repitieron otras ciento.

—¡La pantera! ¡la pantera!—clamaron cien mil voces con el estruendo de una tempestad (1).

Salió entonces como por ensalmo de debajo de la tierra una jaula y abrióse al punto uno de sus lados plegándose hacia el suelo y dando libre paso á una pantera (2). De un ligero salto lanzóse fuera, y aunque exasperada por la oscuridad, el encierro y el hambre, parecía tan contenta que se puso á dar saltos y vueltas. á revolcarse por la arena y pasearse por el Circo. Divisó al fin la presa, y desde entonces toda la astucia y crueldad de la fiera comenzó á manifestarse en sus cautelosos y pérfidos movimientos y en el encrespamiento de su sedoso pelo. Todas las voces habían enmudecido, y fijas todas las miradas en la pantera observaban la recelosa precaución con que pasó á paso iba aproximándose á la víctima.

(1) El Anfiteatro podía contener 150,000 espectadores.

(2) Estas sorpresas no eran raras, y en el Coliseo se han descubierto las construcciones subterráneas que servían para este uso.

Pancracio, en tanto, permanecía inmóvil en su sitio, de cara al Emperador, y tan absorto su ánimo en sublimes pensamientos, que ni siquiera reparaba en los movimientos de la fiera. Arrastróse ésta al rededor de él hasta colocarse en frente, como si desdeñase atacarle de lado ó por la espalda. Agachando la cabeza y adelantando una pata y luego la otra, acabó por situarse á la distancia conveniente para saltar, deteniéndose allí unos momentos. Sonó de repente un prolongado y siniestro aullido, y viósele cruzar el aire y caer sobre el pecho del Mártir, contrayéndose como una enorme sanguijuela, y clavando en él las zarpas hincarle en el cuello sus afilados dientes.

Pancracio se mantuvo en pié breves instantes, llevóse á los labios la mano derecha, y mirando sonriente á Sebastián envióle con una expresiva demostración el último saludo, y cayó. La pantera le había roto las arterias del cuello, y el sueño de los Mártires cerró instantáneamente los párpados de Pancracio. Su sangre generosa humedeció y reavivó la de su padre, contenida en el relicario que Lucina le colgara al cuello. Dios había aceptado el sacrificio de la madre.

XXII

El soldado cristiano

El cuerpo del joven Mártir fué depositado en paz en la vía Aurelia, en el cementerio que poco después tomó su nombre. Devuelta la paz á la Iglesia, erigióse sobre su tumba una suntuosa basilica que todavía subsiste como un monumento de su gloria (1)

La persecución acrecentaba su furia y multiplicaba cada día el número de sus víctimas. Algunas de las personas cuyos nombres figuran en estas páginas, y en especial los cristianos aco-

(1) Fué de nuevo embellecida y purgada de las sacrílegas profanaciones con que los revolucionarios de 1848 la habían contaminado, turbando de su reposo de diez y seis siglos los huesos del Mártir y condenándole por odio á Cristo, con furor peor que el de los paganos, á un segundo martirio de las más nefandas contumelias.

gidos en la quinta de Cromacio, atestiguaron con su sangre la firmeza de su fe. La primera víctima inmolada fué Zoe, la muda que había recobrado la palabra por intercesión de Sebastián, y que sorprendida por una turba de paganos mientras oraba junto al sepulcro de san Pedro, fué arrastrada ante el juez y colgada cabeza abajo sobre un brasero ardiendo hasta que espiró. También fueron arrestados su esposo y tres compañeros suyos convertidos con él, y después de someterles á varios tormentos les decapitaron. Tranquilino, el padre de Marcos y Marceliano, émulo del triunfo de Zoe, fué á rezar en pleno día junto á la tumba de san Pablo, donde le prendieron y fué inmediatamente apedreado hasta que rindió el último suspiro. Sus dos hijos gemelos sufrieron también una muerte no menos cruel. El animoso Tiburcio, hijo de Cromacio, fué degollado.

En medio de tal matanza permanecía Sebastián sereno é intrépido, no como el arquitecto que vea derribar su obra por el huracán, ó como el pastor que contempla sus ovejas presas de audaces salteadores, sino como el general en campo de batalla, que atento sólo á alcanzar la victoria, considera como á héroes á los que para vencer combaten á costa de su vida, y se siente dispuesto á entregar igualmente la suya con idéntico fin. Cada fiel, cada amigo sacrificado era un vínculo menos que le ataba á la tierra, y un eslabón más de la cadena que le unía al cielo; un cuidado menos acá abajo, y un aliciente más allá arriba. A veces iba á sentarse ó á pasearse por los sitios donde había conversado con su amigo Pancracio, deleitándose en ellos con el recuerdo del aire jovial, las graciosas agudezas é ingénuas virtudes del amable y apuesto mancebo. Mas no por eso se imaginaba entonces más separado de él que cuando le envió á Campania. Habíale, por decirlo así, acompañado hasta la puerta del cielo: preveía próxima su hora, y sentía madurarle en el pecho la suspirada gracia del martirio. Así, lleno de tranquila certidumbre y atento á prepararse, vendió sus haciendas para evitar que fuesen confiscadas y distribuyó entre los pobres todo cuanto poseía.

Fulvio habíase apropiado no pequeña parte de los despojos de muchos cristianos, pero no veía saciada ni con mucho su sed de oro y de sangre. No tuvo ya necesidad de pedir nuevos subsidios al emperador, de cuya presencia huía; pero tampoco acumuló nada: no se enriqueció. Todas las noches era el blanco de los humillantes interrogatorios, de las agrias reconvenciones y despreciativas burlas de Eurotas sobre el mal éxito de sus operaciones del día. Al fin una noche aseguró á su desapiadado amo (porque el cruel viejo no era ya para él otra cosa) que iba á dar un gran golpe, pues pensaba denunciar nada menos que al oficial favorito del Emperador, á cuyo servicio necesariamente debía haber amasado cuantiosas riquezas.

No se hizo esperar mucho la ocasión propicia. El día 9 de Enero Maximiano dió en su palacio una audiencia pública, y á ella acudieron por de contado los que aspiraban á las mercedes ó los que temían el enojo del feroz Augusto. Fulvio acudió también, y como de costumbre fué recibido con frialdad. No obstante, después de soportar impasible el trato brutal del Emperador, se adelantó al pie del trono, y doblando una rodilla dijo:

—Señor, vuestra divinidad ha tenido razón otras veces al echarme en cara que mi zelo y mis servicios no correspondían dignamente á vuestra benevolencia y liberalidad. Mas hoy vengo á manifestaros que acabo de descubrir la más infame traición y la más negra de las ingratitudes que jamás podáis temer. Al lado mismo de vuestra divina persona teneis á vuestro enemigo y traidor.

—¿Qué estás diciendo ahí, mentecato?—preguntó impaciente el Emperador.—Expíciate de una vez, ó mando que te saquen las palabras con un garfio.

Levantóse Fulvio, y extendiendo el brazo y señalando con la mano al tribuno de la guardia dijo con voz pérfidamente melosa:

—Señor, Sebastián es cristiano.

Dió un salto el Emperador en su asiento, y gritó furioso:

—¡Mientes, infame! Y, ó pruebas al punto tu acusación, ó vas á morir entre horribles tormentos como nunca los haya sufrido ningún perro cristiano.

—Aquí traigo pruebas suficientes,—contestó Fulvio sacando un pergamino y alargándolo, de rodillas, al Emperador.

Iba éste á rechazarlo y á estallar en nueva cólera, cuando Sebastián se adelantó al centro de la sala con frente serena y noble continente, y vuelto al Emperador le dijo con voz firme y tranquila:

—Señor, es inútil molestarse en buscar pruebas. Sí; soy cristiano, y de ello me glorio.

Maximiano, soldado valiente y experto, aunque tosco y sin educación alguna, apenas sabía expresarse en un latín decente cuando estaba sereno; mas cuando se dejaba llevar de la ira ó de otra pasión vehemente, su lenguaje era el más soez y vulgar. Y encontrándose ahora en este último caso, desatóse contra Sebastián en atroces denuestos é injurias, sin que hubiera enormidad que no le imputase, ni oprobio de que no le creyese digno. Pero los delitos que más le reprochaba en aquella tempestad de improperios, eran la ingratitud y la felonía, maldiciendo de sí propio por haber alimentado en su seno una víbora, un escorpión, un demonio, y maravillándose de que aún estuviera vivo.

El tribuno cristiano afrontó aquella violenta descarga de injurias con la misma intrepidez que las arremetidas del enemigo en los campos de batalla, y al fin dijo:

—Escuchadme, señor, siquiera sea por última vez. He dicho que soy cristiano, y esto precisamente constituye para vos la mejor prenda de seguridad.

—¿Cómo puede ser eso, monstruo de ingratitud?

—Vais á saberlo, noble emperador. ¿Deseais una guardia de hombres disueltos á dar por vos la última gota de sangre? Mandad sacar de las cárceles á los cristianos y soldades las cadenas; envid á los tribunales á arrancar del potro y de las parrillas á los descoyuntados confesores; despachad órdenes al Anfiteatro para sacar de entre las garras de los tigres los ensangrentados cuerpos de los que aún respiren; armadlos, colocadlos al rededor de vuestra persona, y hallaréis en esa calumniada y perseguida cohorte más fidelidad, más adhesión y arrojo que en todas vuestras legiones de dacios y panonios. Habéis hecho derramar la mitad de su sangre: ellos darán gustosos en vuestro servicio la otra mitad.

—¡Absurdo delirio!—contestó Maximiano con sardónica risa.

—Mejor quisiera rodearme de lobos que de cristianos. Tu traición me demuestra con harta evidencia lo que de vosotros puedo esperar.

—Y ¿qué obstáculo habría podido impedirme, á ser traidor, obrar como tal? ¿No tuve siempre libre acceso á vuestra imperial persona á todas horas, de día como de noche? ¿Os hice traición? No, emperador; nadie os guardó más fidelidad. Pero tengo otro Señor más alto á quien servir; otro que nos juzgará á entrambos, y cuyas leyes debo obedecer primero que las vuestras.

—Y ¿por qué has ocultado hasta ahora tu religión como un cobarde? Sin duda para evitar el duro suplicio que mereciste.

—No, señor; yo no he sido ni cobarde ni traidor. Nadie lo sabe mejor que vos. Mientras pude ser útil á mis hermanos, me resigné á vivir en medio de su exterminio, que me llenaba de angustia y de aflicción; pero he perdido al fin toda esperanza, y agradezco de todo corazón á Fulvio que con su denuncia me haya sacado de la indecisión en que me hallaba respecto á si debía buscar la muerte ó resignarme á vivir.

—Pues yo te ahorraré este trabajo. Morirás, pero de muerte lenta, penosa, tan atroz como la mereces. Mas esto (añadió en voz baja como si hablara consigo mismo) no debe traslucirse fuera de aquí; es preciso evitar toda publicidad para que la traición no se propague. ¡Hola! Cuadrado, arresta á tu tribuno. ¿Oyes, imbécil? ¿Por qué no te mueves?

—Porque yo también soy cristiano.

Ante tan inesperada respuesta llegó á su colmo la ira y el despecho del Emperador, que desatándose en rabiosas imprecaciones acabó por mandar la inmediata ejecución de Cuadrado.

En cuanto á Sebastián, debía procederse con él de otra suerte.

—¡Llamadme á Hyphax!—dijo rugiendo el tirano.

Pocos minutos después compareció un numida, alto y medio desnudo, ostentando el distintivo de capitán de los arqueros africanos, que era un arco de desmedida longitud, un carcaj de vivos colores y lleno de flechas, y una espada ancha y corta. Llegado en presencia del Emperador, mantúvose rígido é inmóvil, semejante á una estatua de bronce con ojos lucientes, de vivo esmalte.

—Hyphax,—dijo Maximiano,—tengo que hacerte un encargo para mañana, y es preciso que lo ejecutes bien.

—Mandad, señor,—contestó el jefe negro con feroz sonrisa que dejó ver una doble hilera de blanquísimos dientes.

—¿Ves al tribuno Sebastián?

El negro inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

—Pues bien; acabo de descubrir que es cristiano.

Si allá en su país natal Hyphax hubiese puesto incautamente el pié sobre un áspid ó un nido de escorpiones, no hubiera experimentado tanto horror como ahora al hallarse tan cerca de un cristiano, uno de esos monstruos que adoraban las más nefandas abominaciones que se entregaban á los peores libertinajes y cometían las más horrendas atrocidades.

El Emperador prosiguió en los términos siguientes, mientras Hyphax acompañaba cada una de sus frases con un movimiento de cabeza afirmativo y con una contorsión satánica que á él se le antojaría una sonrisa:

—Conducirás á tu cuartel á Sebastián, y por la mañana temprano, nó esta noche, porque á tales horas sé que todos estais borrachos, sino mañana temprano, que tendréis el pulso firme, le ataréis á un árbol en el bosquecillo de Adónis y le asaetearéis poco á poco hasta que muera. Poco á poco, ¿lo entiendes? Nada de esos certeros disparos que van directamente al corazón y al cerebro: sino flechazos y más flechazos hasta que espire transido de dolor y sin una gota de sangre... ¿Lo entendiste bien? Pues llévatelo de aquí, y mucho sigilo, porque si no!...

XXIII

Negociaciones

A despecho de las órdenes de Maximiano, pronto se difundió no sólo en palacio, sino fuera de él, la noticia de que Sebastián era cristiano y como tal debía morir asaeteado á la mañana siguiente. Pero en nadie produjo esta doble noticia tan profunda impresión como en Fabiola.

—¡Sebastián cristiano!—decía para sí,—¿el más noble, el más virtuoso, el más discreto de los patricios romanos, pertenecer á esa abominable secta? ¡Imposible! Y sin embargo el hecho parece cierto. ¿Me engañaría, pues? ¿Obraría como un vil impostor que afectaba virtud, no siendo más que un libertino? ¡Imposible también! No, no puedo creerlo; tengo de su lealtad argumentos demasiado claros. ¿Cómo, por tanto, puede ser cristiano? A la menor indicación de su parte ¿no hubiera él obtenido mi mano y mi fortuna? ¡Oh! ¡no! Tanta delicadeza, tanta generosidad de corazón, bondad, talento y valor, no pueden ser simple oropel, sino oro, oro finísimo y de subidos quilates... Mas ¿cómo explicarme el fenómeno de que un cristiano pueda ser el tipo de lo bueno, lo virtuoso y amable?

En vano revolvía en su imaginación este inexplicable enigma, pues como consideraba la cuestión á través de un prisma engañador, ó sea bajo el aspecto pagano, no podía ocurrírsele ni remotamente la sencilla explicación de que Sebastián poseía tan bellas prendas precisamente porque era cristiano.

Al fin principió á reflexionar si tal vez tendría razón el anciano Cromacio, y si el cristianismo no sería lo que ella imaginara sin pararse, como debiera, á examinarlo minuciosamente.

—Estoy segurísima—proseguía diciéndose—que Sebastián jamás cometió ninguno de esos horribles crímenes que á los cristianos se imputan. Y, sin embargo, ¿cómo es que todo el mundo acusa á esa secta de cometerlos? ¿No podrá ser que esa religión posea tal vez una forma vulgar y grosera y otra más refinada y pura, como sucede con nuestras dos especies de epicurismo, uno soez y material que se arrastra por el cieno del sensualismo, y el otro noble, investigador y reflexivo? Siendo